

SAN FRANCISCO DE BORJA EN BURGOS

La vida casi novelesca de S. Francisco de Borja tiene dos vertientes bien definidas. Desde su nacimiento el 28 de octubre de 1510 en Gandía hasta 1 de febrero de 1548 es un noble que va desarrollando su joven vida en el servicio de su Rey y de su Patria: palaciego junto al César Carlos, Virrey de Cataluña donde ha de intervenir en asuntos militares y políticos y en represión del bandolerismo, militar en la campaña de Provenza, Duque de Gandía a la que dotó de Universidad y rodeó de murallas contra los corsarios, casado y padre de ocho hijos, viudo a los 36 años, cazador, aficionado a la música y compositor no despreciable. La otra vertiente es la más conocida: jesuita oculto al principio, porque «el mundo no tiene orejas para oír tal estampido» según frase de S. Ignacio, predicador y misionero por España, Superior de todos los jesuitas de la nación y por fin General de toda la Orden desde el 2 de julio de 1565 hasta su muerte en Roma, el 30 de septiembre de 1572, a los 62 años no cumplidos.

En la primera de las dos etapas no sabemos que Borja visitase Burgos; pero tampoco es improbable que en los 11 años que frecuentó la corte de Valladolid se le ofreciese ocasión de hacerlo. De hecho sus hijos van naciendo en Madrid, Toledo, Medina del Campo, Valladolid y Lérida. Pero en la segunda época de su vida, Borja pasó entre nosotros fecundas jornadas de su vida sacerdotal y apostólica. Las presentes páginas tratan de recoger lo que de esas visitas nos conserva la historia. Las fuentes de donde tomamos los datos que van a continuación son fundamentalmente las incluidas en *Monumenta Historica Societatis Jesu*, gigantesca publicación que va ya por el tomo 110 y que se inició en Madrid en 1894 bajo el impulso del P. General Luis Martín, nacido en Melgar de Fernamental en 1847. La parte correspondiente a S. Francisco de Borja consta de 5 abultados volúmenes con 1033 documentos referentes a su persona; los citaré con las ini-

ciales MB (*Monumenta Borja*), seguidas del número del tomo y página. En la misma colección figuran los 6 tomos de la Historia primitiva de la Compañía de Jesús redactados en latín por el burgalés Juan de Polanco y que tituló *Cronicon Societatis Iesu*. Lo citaré con las siglas CP (*Cronicon Polanco*) y el correspondiente tomo y página.

La primera visita de Borja a Burgos fue de paso. Pueden seguirse las etapas del viaje que Borja describe en carta a S. Ignacio de 1 abril 1552 (1). Venía el Santo de la Rioja; se había detenido en Casalarreina y siguiendo por Leiva penetró en la provincia de Burgos en dirección a Belorado. Aquí se detuvo a petición de la Duquesa de Frías para visitar a la hermana de dicha señora, Priora del Convento de Sta. Clara, donde platicó a las religiosas. Saliendo de Belorado el domingo 27 de marzo llegó a Burgos el 28. No pensaba detenerse en nuestra ciudad, pero hubo de quedarse varios días a instancias de mucha gente noble que no quería privarse de la predicación de aquel jesuíta a quien todos habían conocido en los más altos puestos de la política y le sabían emparentado con el mismo Emperador. Si Carlos V., en efecto, era nieto de Fernando el Católico, Borja era biznieto del mismo monarca si bien por vía ilegítima. No es extraño que se conserven cartas del Emperador con este encabezamiento: «Ilustre Duque de Gandía, mi primo» (2) u otras frases semejantes. Estimaba tanto Carlos V a Borja que le nombró albacea suyo junto con Felipe II. Tal vez el ejemplo de Borja al renunciar a su posición, influyó en Carlos, tanto como el cansancio y el desengaño, para retirarse a Yuste.

Cuando el Santo llegaba a Burgos, ya se habían instalado entre nosotros los jesuitas muy cerca de la Iglesia de S. Gil, sin que se pueda precisar más, bajo la dirección del célebre predicador palentino Francisco de Estrada (3) y por expreso deseo del Obispo de Burgos Cardenal Francisco de Mendoza. El mismo Borja nos dice: «apeámonos fuera de la ciudad en un mesón y entramos a pie hasta S. Gil donde es el aposento de Maestro Estrada y los hermanos de la Compañía» (4). Es fácil imaginar al Santo penetrando por la ruta de los peregrinos atravesando el puentecillo sobre el Vena, aún existente y siguiendo por el arco y calle de S. Juan. Pudo también ladear la muralla y penetrar por el arco de S. Gil. Continúa en la misma carta dando detalles de su estancia en nuestra ciudad: «Prediqué el miércoles pasado en la iglesia de S. Gil que es la principal parroquia y así hubo mucha gente y los principales de ella. Hoy Viernes he predicado

(1) MB. 3, 119.

(2) MB. 3, 79.

(3) CP. 2, 313.

(4) MB. 3, 119.

en la Iglesia Mayor (Catedral), porque me lo pidieron con instancia los beneficiados de ella. Nuestro Señor se haya servido de todo, que parece que la gente ha recibido alguna buena edificación y especialmente los que eran devotos de la Compañía han mostrado mucho contentamiento y yo le llevo grande en N. S. con ver que toda esta ciudad lo son por su divina bondad y por la saludable doctrina y buen jemplo del P. Estrada. Burgos 1 de Abril de 1552». No quiero omitir un pequeño episodio que aconteció estos días y que Borja narra en otra carta suya fechada en Vergara 6 días después (5). Se trata de la muerte de D. Gregorio Polanco, padre del jesuita burgalés Juan de Polanco, apenas conocido de sus paisanos y que bien merece unas líneas de atención. Nacido en 1515 ó 1516, fue bautizado en la parroquia de S. Nicolás en cuyo presbiterio se conservan aún las tumbas de sus antepasados. Salió muy joven de su ciudad natal para estudiar en París; poco después pasa a Roma donde obtuvo el título de *Scriptor apostolicus*. Allí hubiera hecho carrera de honores y prebendas si no hubiese entrado en la Compañía de Jesús en 1541 venciendo la tenaz oposición de su familia que, no obstante su profunda religiosidad, hizo lo imposible por apartarle de su propósito. San Ignacio, gran conocedor de hombres, descubrió muy pronto su valía y le hizo su secretario en 1547. Astrain, de quien tomo estos datos (6), le colma de elogios: «auxiliar inteligente», «prodigio de actividad», y «modelo de prudencia». Todos reconocen que Polanco es quien más influyó en San Ignacio cuando éste escribía las Constituciones de la Compañía y a él se debe la redacción de muchas de las cartas del Santo, alguna tan decisiva en el magisterio ignaciano como la llamada «de la Obediencia», alabada de Santos y Doctores e impugnada hoy en los nuevos rumbos secularizantes. Al morir San Ignacio, su sucesor Láinez le mantuvo en el cargo de secretario y lo mismo hizo S. Francisco de Borja cuando subió al Generalato. Así interviene Polanco en los graves asuntos jesuíticos desde la cúspide de la Compañía durante 25 años. Su actividad permanecía casi siempre oculta. Cuando al morir Borja, se reúne la Congregación General para elegir un sucesor, «en la conciencia de todos estaba que nadie como Polanco a la sazón Vicario General y varón adornado de altísimas virtudes, prudencia y experiencia, poseía tantos méritos para la suprema dignidad de la Compañía. No tenía más que un defecto: que era español» (7). Y en Roma no querían que des-

(5) MB. 3, 130.

(6) Historia de la Compañía de Jesús en su asistencia de España, Tomo 1, págs. 126 y 583.

(7) Manual de Historia de la Compañía de Jesús, por Ricardo Villoslada; 2.^a Ed. p. 181.

pués de tres generales españoles viniera uno más a acentuar nuestra impronta en el ser de la Compañía.

En una ocasión había pedido Polanco a S. Francisco de Borja que cuando pasase por Burgos, no dejase de visitar a su familia; y precisamente por los días de su estancia en la ciudad se agravó D. Gregorio de Polanco y murió en los brazos del Superior de los jesuítas P. Estrada. El mismo Borja escribe: «No he dejado de acordarme del alma de su padre que falleció estando yo en Burgos doliente; que de otra manera no me quitaran de los pies de la cama hasta que hubiera salido de esta miseria. Bien creo que Nuestro Señor le ha hecho muchas misericordias» (8).

Por segunda vez volvió Borja a Burgos el año siguiente 1553 y ahora con más calma. Llegado, en efecto, el 15 de abril estuvo entre nosotros hasta fines de junio. Lo cuenta él mismo escribiendo a S. Ignacio: «Al fin llegué a esta ciudad obedeciendo el mandato de V. P. para ver si me mandan algo en qué servir... Me han recibido estos señores con gran amor y yo también les he obedecido con gran voluntad; y así prediqué la semana primera que llegué tres sermones y ésta dos. Y en esto y en otras visitas se ha pasado el tiempo y especialmente en la del P. Polanco cuya madre me parece una santa» (9). Durante su estancia en Burgos, inauguraron los jesuítas la capilla de su nueva morada en Huerto del Rey, el día de la Sma. Trinidad. Ausente el Cardenal celebró la Misa un Obispo, predicó Borja y varios canónigos asistían al altar. La Catedral prestó los ornamentos. La Duquesa de Frías y la Condesa de Osorno corrieron con el ornato de la capilla, atestada de gente (10). Podemos decir con certeza que esta casa se levantaba en el mismo lugar que hoy ocupa la señalada con el núm. 6. Años después al trasladarse los jesuítas a la calle Cantarranas la Mayor, hoy Almirante Bonifaz, la casa, ya propiedad de Catalina de Tolosa, albergó a Sta. Teresa de Jesús (11). En aquellos dos meses largos predicó Borja 16 sermones en diversos templos, además de muchas otras exhortaciones espirituales y dio ejercicios a varias personas (12). Nos gustaría saber qué iglesias fueron esas; pero sólo podemos puntualizar «el hospital» según expresión del Santo en la última carta citada. Ahora bien; de los 25 hospitales que había entonces en Burgos (13), ese término escueto señala sin duda el hospital de S. Juan que lo era por antonomasia, situado

(8) MB. 3, 130.

(9) MB. 3, 137.

(10) CP. 3, 320.

(11) La Compañía de Jesús en Burgos, por T. Teófilo López Mata, en Boletín de la Institución Fernán González, núm. 146; pág. 417; Santa Teresa, Libro de las Fundaciones, cap. 31.

(13) Flórez, España Sagrada, Edic. de 1772. Tomo 27, Col. 691.

frente a la Parroquia de S. Lesmes hasta hace pocos años. Todos obsequiaban al Santo, pero especialmente el P. Estrada hasta el punto de escribir en la carta últimamente citada: «Sepa el P. Polanco, en cuyas oraciones me encomiendo devotamente, que el M. Estrada me regala tanto en Burgos, que no sé qué más pueda hacer para hacerme burgalés».

Borja sale en dirección a Medina del Campo, utilizando sin duda la puerta de S. Martín y cruzando el Arlanzón por el puente de Malatos. Acaban las actividades del Santo en nuestra ciudad, pero no en nuestra provincia. Las monjas de Palacios de Benaver, súbditas del Obispo de Burgos, rehusaban la visita canónica de éste. Creyéndose en su derecho habían apelado al Consejo Real. Visitólas el P. Francisco que iba camino de Medina y logró convencerlas de que se sujetasen al Prelado y admitiesen ciertas normas para su reforma temporal y espiritual (14).

Los burgaleses ya no volverían a ver al Santo hasta pasados muchos años. La vida de Borja se iba a desenvolver bajo otros cielos. Entre 1556 y 1557 estuvo cuatro veces en Yuste requerido por el Emperador; pasó muchos meses en Portugal y desde 1561 reside en Roma; son años de cruz, pero su relato no entra en nuestra historia. Al morir el General de la Compañía, Láinez, 31 de los 39 votos recayeron en Borja que pasa a ser el Superior de todos los jesuitas. Jamás hubiera salido de Roma; pero una decisión del Papa S. Pío V le trajo de nuevo a tierras españolas y a la ciudad de Burgos. Deseaba aquel gran Pontífice extender la Liga Santa concertada con España y Venecia a otros reinos cristianos. Había que infligir un golpe decisivo a la continua agresión turca que progresaba peligrosamente por el centro de Europa y por el Mediterráneo. Era insostenible la zozobra en que vivían las poblaciones costeras de Italia y del Levante español. Los turcos hacían pequeños desembarcos y se llevaban cautivos hombres y mujeres destinados a la esclavitud con peligro de apostasía. El Santo Pontífice preparó una solemne embajada a las cortes del Norte de Italia, a España y Portugal; al frente de ella colocó al Cardenal Alejandrino, y pensó que la presencia en la comitiva del antiguo Virrey y ahora General de la Compañía, sería muy a propósito para facilitar negociaciones y atraer voluntades. Al mismo tiempo quería el Papa dar a todo el séquito un aire de elevación espiritual y austeridad que encajaba muy bien con los esfuerzos de renovación cristiana que llevaba adelante. Entró, pues, Borja en España por Cataluña en agosto de 1571. Felipe II tuvo la delicadeza de enviar un representante suyo para dar la bienvenida al representante papal escogiendo para ello a don Fernando de Borja, hijo del Santo; en las cercanías de Bar-

(14) CP. 3, 349.

celona padre e hijo se abrazaron entre lágrimas. Con el P. Francisco venía su fiel secretario el P. Polanco, que regresaba a España después de más de 30 años de ausencia. Pero he de ceñirme al tema de este artículo renunciando a la fácil tentación de acompañar a Borja por todo su itinerario. Baste recordar que estando en Madrid se recibió allí la noticia de la batalla de Lepanto que desató el júbilo de toda la población. Por fin, el 2 de enero de 1572 salía de la capital de España la embajada papal en dirección a París. Conocemos perfectamente las etapas del viaje gracias al diario que llevó uno de los de la comitiva, el Maestro de ceremonias Cornelio Firmano (15). Por él se puede apreciar el tremendo esfuerzo a que se vió sometido el ya anciano Santo en aquel terrible viaje que duró más de un año y que acabó con su vida apenas llegado a Roma. El miércoles 2 de enero salieron de Madrid, el 3 durmieron en Buitrago, el 4 en Boceguillas, el 5 estaban en Aranda y el 6 comieron en Bahabón para pernoctar en Lerma. «El lunes (día 7) —escribe Firmano—, cabalgando sobre nieve y hielo, llegó el Legado a la ciudad de Burgos» (16). Esta vez penetraría el Santo, lógicamente por el puente de Santa María «uno de los más públicos y pasajeros de estos reinos» (17) y por la puerta del mismo nombre. La de San Martín fue considerada Puerta Real y por ella entraban siempre los reyes; el Cardenal Alejandrino, sobrino y representante del Papa, tal vez tuviera el derecho de entrar por San Martín; pero ya por aquellos años tal preeminencia se había ido perdiendo (18). El mismo día 7, fecha de la llegada de Borja, está firmada por él una larga carta dirigida al P. Jerónimo Nadal que hacía en Roma las veces de General. De ella es este párrafo: «Anoche firmé la fundación de la casa de probación de Villagarcía con dos mil ducados de renta; creo será muy a propósito para esta provincia. También se concluyó la del Obispo de León con mil y 200 que será de gran fruto para aquellas montañas; que esto principalmente me lo hizo aceptar» (19). La primera de esas fundaciones tuvo y tiene aún un gran influjo en la marcha de la Provincial jesuítica de Castilla. Sería especialmente grata para el Santo la obra espléndida de doña Magdalena de Ulloa, que la hacía en recuerdo de su esposo don Luis Quijada, uno de los palaciegos más allegados al Emperador y a quien Borja hubo de tratar repetidas veces. En la Colegiata de Villagarcía descansan ambos cónyuges y allí puede leerse en la leyenda mortuoria de D. Luis «murió peleando contra infieles como había deseado».

(15) MB. 5, 592.

(16) MB. 5, 656.

(17) Burgos, la ciudad de Castilla, por Nazario González, S. I. 1958. Burgos; pág. 134.

(18) Puente, Torre y Arco de Sta. María, por M. Martínez Burgos. Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Burgos.

(19) MB. 5, 658.

Brevisima fue la estancia de S. Francisco en nuestra ciudad; era pleno invierno, pero había que aguijar; y en compañía de Polanco, que pudo estar dos días con sus familiares, llegaban el día 9 de enero a comer a «un lugar situado en medio de montes llamado Pancorvo y de allí cabalgamos a una ciudad llamada Miranda de Ebro, que es bastante bonita y llena de gente noble y tiene junto a sus muros un célebre río. Allí pernoctó comodísimamente. El día 10 el Legado llegó a Vitoria» (20). Burgos y sus tierras quedaron atrás. Tal vez algún lector se pregunte: ¿Hay algo que perpetúe en el recuerdo el paso tres veces repetido de tan grande santo por nuestra ciudad? Tenemos que responder negativamente. Sólo una pequeña imagen suya en la iglesia de La Merced; pero se echa de menos alguna lápida en la Catedral donde predicó, o en Huerto del Rey, unido su nombre al de Sta. Teresa que allí moraron. Y una curiosa noticia para concluir. La mayor de las hijas del Santo, Isabel, que recibió ese nombre al ser apadrinada por el Emperador y su esposa Isabel de Portugal, casó con el Conde de Lerma; el hijo de ambos ya fue Duque de Lerma; así quedó la familia Borja en vida de San Francisco vinculada a un título nobiliario burgalés (21).

Juan ESTEBAN, S. I.

(20) MB. 5, 660 nota.

(21) MB. 1, 624.